

HABITARME MUJER

Francisca Vargas

CAPÍTULO 1

El llamado



28/11/2017

Se cierra el aeropuerto, estado de emergencia. El volcán Agung se ha manifestado en Bali. En la isla todo parece funcionar como en un mundo paralelo. Es solo cuando despierto que veo la lluvia de notificaciones desde Chile en el celular preguntando si sigo viva o me han llevado los ríos de lava. Envían titulares catastróficos e imágenes de gente arrancando, parecen escenas de una película que asusta. Desde allá me espejan una isla que no es la que habito. ¿Está bien no tener miedo? Me lo pregunto desde la cama, mientras el vapor húmedo del amanecer se asoma por la ventana. Made llega para que pongamos las ofrendas. Unos minutos de duda, pero la vida sigue.

Made, ¿no estás asustada por el volcán?

Se ríe con ternura mientras pone la primera ofrenda en el árbol del patio donde enterró las placetas de sus hijos.

¿Asustada? ¿Cómo voy a estar asustada? Es la naturaleza, karma. Mama Bali está pariendo y va a suceder lo que tiene que suceder, ni más ni menos.

Made es una mujer emprendedora como yo, en su terreno construyó casas y las arrienda a extranjeros que llegan a vivir. Administra su negocio sola.

Tiene mi edad, dos hijos y un marido postrado en cama: hace tres años estaba cosechando cocos de una palmera y cayó al suelo desde una altitud que le quitó la libertad a él y a su esposa. Cuando me contó su historia, lloré. Ella sonrió con mis lágrimas; no las entendía. Sentí vergüenza y le dije que estaba sensible, que me había separado hace poco. Entonces, ahora ella tenía pena por mí, soltera y sin hijos. Le parecía sumamente doloroso. Ahí estábamos, en el jardín con las ofrendas en la mano, mirándonos con curiosidad, entre risas nerviosas y lágrimas por la vida de la otra. Yo me creía libre y Made me veía sola. Sentía que ahora tendría una vida de pura lucha con su familia, pero para ella esto era karma a favor: las buenas acciones iban a cambiarle la vida a sus hijos.

En los templos de la isla hay altares para los dioses de arriba y los de abajo; los luminosos y los oscuros. En la integración de esa dualidad está su secreto. La primera vez que entré a uno esperaba ver un altar, gente en silencio y figuras bellas que representaran a las deidades. Pronto aprendí que un templo en Bali es todo menos eso. Gente riendo, chateando en el celular, tomándose *selfies*, poniendo ofrendas, comiendo, recitando mantras... Todo sucede en ese espacio al aire libre, parecido a la plaza de un pueblo. Figuras de demonios que asustan, con pupilas dilatadas, lenguas afuera, y otros hermosos como ángeles. Occidente me había presentado una espiritualidad de mármol, polarizada en una pureza

irreal. Oriente desplegaba de entrada su caos impredecible.

Ese primer encuentro con dioses oscuros me enfrentaba de golpe con una verdad muy real. Así es lo vivo. Se necesita lo justo de luz y lo justo de sombra para estar en balance, cuando hay mucha armonía y poco caos, hay desequilibrio, cuando hay mucha luz y poca sombra hay desequilibrio. El balance es la cuota justa de cada uno, en ese espacio está la espiritualidad. Me enseñaron con toda simpleza que no se trata de lo bueno o lo malo, no se trata de ir por la vida recortando escenas, porque todo es considerado aprendizaje: todo es como debe ser y se recibe con gratitud.

Haber llegado a la isla con pleno volcán en erupción, lejos de ser un episodio de peligro y mala suerte como lo veían en Chile, estaba siendo perfecto. El privilegio de vivir en acto ese código que había permanecido oculto para mí, inauguraba un nuevo tiempo. Era el momento de dejar caer la imagen fantasiosa de la espiritualidad. Se me estaba revelando el lado que siempre intenté negar: Mama Bali estaba pariendo, con truenos, relámpagos, lluvias torrenciales y un volcán ardiendo rodeado de ofrendas con flores y galletas. Así es la fuerza de la tierra: solo fuerza, sin adjetivos.

Aquí, mi comienzo: con volcán en erupción, Bali me abría las puertas de Oriente y de, lo que aún sin saberlo, sería mi nueva vida.

15/11/2017

CON EL CORAZÓN ROTO

Mi cuerpo se mueve con el último resto de energía que queda circulando. No tengo voluntad y estoy suspendida en mis pensamientos. No me reconozco ni gusto. ¿Quién es esta mujer que se mueve por inercia?

Todos mis miedos se habían hecho realidad en cuatro meses. El exilio de mi propia vida. Me sacaron a la fuerza, cerraron la puerta con llave por dentro y me dejaron a la intemperie. Si me quedo, me muero, y sin importar si era o no mi tiempo de nacer, tuve que salir. El llamado a la nueva vida comenzó con un desalojo violento, igual que el parto inducido del que nací.

De niña no tuve miedo, lo conocí recién con los temblores. Me aterraba saber que era un movimiento impredecible del que no se podía escapar. Miro con ternura a esa pequeña que ya era radicalmente fiel al control mental. Cuando fui creciendo, tuve la gracia de que cada vez que hubo un terremoto en Chile estuve mochileando en otra parte del mundo. Pese a que soy de una tierra de terremotos, nunca he vivido uno. Sin saberlo, he sabido escapar. Pero este no me pilló viajando. Era el terremoto de mi vida, el temblor subió de grado y lo desarmó todo, y entonces esos fantasmas de los que había logrado zafar se vinieron todos encima, de golpe. El miedo a lo que no se podía controlar se fue configurando junto con mi personalidad como un temor al fracaso y mi

antídoto fue la autoexigencia, bien grande y robusta, para asegurarme de que todo sería exitoso. Eran pocas las variables que dejaba al azar, trataba de lograrlo todo bien, llevándome a límites inimaginables de sobreesfuerzo. Estaba tan llena de exigencias y eso alimentaba la ilusión de que así se controlaban los terremotos. Era cuestión de tiempo, la sentencia se iba a cumplir. El derrumbe iba a llegar, porque a la naturaleza no se le domestica; cuando crees que lo haces, te revienta en la cara.

La primera estocada fue mi fracaso profesional. Había invertido toda mi creatividad y energía en crear un proyecto en sociedad, aposté económica y físicamente, lo celebré con bombos y platillos. A los tres meses tuve que reconocer que no había resultado. Me engañaron, fui ingenua, no dejé todo por escrito, perdí la plata, ideas y confianza. Mi carrera, que había sido fuente de reconocimientos y premios, ahora me había hecho perder todos mis ahorros. En ese derrumbe cayeron amigos, personas que podría haber definido como parte de mi familia, pero que, en medio de los enredos y mentiras, dejaron caer los velos. Me di cuenta de que tenía muchas relaciones que se sostenían solo porque yo las nutría, pero de las que no podía recibir.

Cuando la carrera, los ahorros y los amigos se habían ido al carajo, aún sentía que podía. Con lo único que pensé que no, era separarme. Entonces fue cuando un eclipse de sol trajo mi separación.

Un día sábado por la mañana, después de remar con todo mi esfuerzo, me di cuenta de que no podía

más. No sé cómo, tengo borrones de ese momento. Alberto no había dormido esa noche, se levantó temprano porque iba a jugar fútbol. Antes de salir del departamento, dudó, volvió y abrió la puerta de la pieza. Me hice la dormida, no quería abrir espacios para conversar. Sentía su angustia, percibía el final, pero no podía, apretaba mi mandíbula y mis brazos para no saltarle encima y suplicarle. No me dejes enfrentar las heridas de mi padre que se fue, sigue en el lugar de desinflamarlo todo, de ser la raíz que no soy capaz de proveerme, no me arrojes a mis vacíos. Él se detuvo y volvió a cerrar la puerta para salir.

Cuando Alberto llegó a mi vida, fue como una hoja fresca de aloe vera que cubrió una herida que quemaba hace años. Dejó de arderme y hasta hubo tiempos en que llegué a olvidarla. No del todo, porque bastaba que él se moviera un poquito de su posición refrescante para que el ardor volviera, intenso. Tuve la ilusión de que podía vivir así para siempre: feliz, anestesiada, dependiente de su frescor.

Tenía doce años cuando viví la desconcertante partida de mi padre. Se fue, desapareció y eso revolvió la vida de mi madre, mi hermana y mía. Transitamos diez años de un andar errante, sobreviviendo a las deudas y ausencias, sin poder predecir el mes siguiente. En ese tiempo conocí la ansiedad de la escasez, de quedar sin techo, sin alimentos, sin hogar, de los arreglos precarios para poder salvar la semana y de tener que soportar, sostenida siempre por la certeza de ellas, de que no duraría para siempre. Tu-

vimos mucha fuerza mental para vivir aquel decenio, pero el corazón nos quedó asustado.

Mi papá fue mi ídolo de infancia, alimentaba fantasías y creatividad con su genialidad. Estimuló mi agudeza y desde niña me enseñó a meditar. Nunca lo vi enojado. Cuando algo le pasaba, viajaba a otro mundo dentro de su cabeza y dejaba de estar. Darle en el gusto y traerle los diplomas de honor para recibir su amor lo era todo. Nunca lo puse a prueba, creí que su amor debía ganarlo con méritos, a diferencia del amor gratuito de mi madre. Debajo de su disfraz de Peter Pan, se le colaba una exigencia brutal. Hoy veo que el tiempo que vivimos juntos fue todo lo que pudo resistir, pero cumplida la sentencia se arrojó a su deseo. Abandonó su vida, y ahí estábamos nosotras. Llevé todos los diplomas a la casa, pero no fue suficiente para que se quedara. Es mi primera experiencia de traición, cumplir con ilusión y esfuerzo infantil mi parte del trato y quedarme esperando. Algunos cumpleaños pensé que llegaría, pero después me acostumbré. A veces tenía miedo de que muriese y no saber; entonces prefería imaginármelo escribiendo su libro en algún pueblito del desierto, como decía la última noticia. Al cabo de unos años, apareció. Nos encontramos y para mi sorpresa llegó a la hora esperada en la plaza de armas. Poquito a poco fue retornando a mi vida. Lo vi caído, algunos años tuve que cuidarlo, otros, se volvió a ir. Mi relación con él se ordenó, logramos construir una manera de estar lo suficientemente juntos y separados, pero ese saber hacer que había logrado

en el afuera, aun en mis mundos subterráneos, no llegaba a un saber sentir. Ya no era con el padre lo que había que arreglar, era conmigo.

Dormir abrazada de Alberto era como tener un árbol en la cama. Me afirmaba y cuando venía la agitación, pedía prestadas sus raíces. Estaba dispuesta a todo por quedarme ahí, pero esa mañana me vi torturándolo. ¿Hasta dónde iba a llegar con tal de seguir usando sus raíces? Mi cuerpo se levantó funcionando como una máquina. En pijama abrí el clóset, saqué una mochila, empecé a meter cosas aleatorias, me puse zapatillas, una chaqueta y me fui. Encontraba que sería demasiado grotesco ver el final en primera persona. Salí en silencio cuando él no estaba. Llegué al departamento de mi mamá. Ella estaba armando su vida en Francia y yéndose de Chile; ese departamento iba a ser entregado en un par de semanas, por lo que era un espacio medio vacío, con cajas y sin adornos.

Había decidido aceptar que no se podía, porque esa era la única manera de cuidarlo. Seguir insistiendo nos iba a terminar secando el alma. Así me separé de Alberto, de los siete años de vida que tenía con él, de la casa que habíamos armado con tanto detalle y de la idea que tenía del amor.

A tres días de nuestro aniversario me fui. Secretamente, había estado alimentando la ilusión de que había que llegar a siete, que después de ese acto simbólico todo se iba a ordenar. Pero estaba tironeando el carro sola, y el cuerpo de él se me hacía demasiado pesado. No pude. Creo que no sabía que me esta-

ba separando, me decía a mí misma que le estaba dando un tiempo, que nos íbamos a ventilar y luego todo volvería a ser como cuando vivíamos en Buenos Aires, cuando nada importaba tanto, cuando yo vendía el pan que amasaba en un parque y él tocaba la guitarra para atraer clientes, cuando recorríamos el puerto en bicicleta con el mate en la mochila después de las cátedras de psicoanálisis, cuando la única manera que teníamos de celebrar era gastar los pocos pesos en los bombones de chocolate blanco y dulce de leche de la pastelería de la esquina. Cuando volvimos a Chile, nada pudo volver a acomodarse. Dejamos de jugar, entraron otras voces, las exigencias de hijos, casas, carreras, el consumo. Nos deprimimos, nos abandonamos, dejamos de militar juntos, ya no íbamos a las marchas, dejamos de leer los ensayos que el otro había escrito porque se nos secó el alma y el romanticismo de la vida, la angustia lo devoró todo.

A mis treinta años perdía todo lo que había construido y me sumergía en el pack del duelo, esa cajita de Pandora que trae un exceso de todo, pero además vergüenza. ¿En serio me equivoqué tanto? Construí con cimientos tan frágiles y miserables que se desmoronaban uno a uno en el temblor. La gente de treinta parecía estar en plena cosecha de lo que sembraron. Yo miraba la mía y no tenía nada. Quería que me sacaran de lo que estaba pasando. Me vi ahí, sin familia, sin ahorros, sin trabajo, sin casa y sin el hombre en el que había depositado todos mis

sueños. No había quedado nada, solo algunas cajas que tenía que ver quién podía guardarme.

En ese tiempo, la única decisión que fui capaz de tomar fue sostener la posición de desastre. Sé que podría haber buscado trabajo y arriendo, armar un departamento e intentar continuar con algo que se pareciera un poco a lo que tenía, pero la verdad es que no pude. Estaba en *shock*. Hacer todo eso requería de demasiada energía y no quería pensar, solo podía quedarme mirando las ruinas sin entender nada y con un dolor profundo en mi corazón. Dolían los huesos, dolía transitar esa vida y, sobre todo, dolía la conciencia de sentir dolor, la vergüenza por mis dramas de clase, cuando yo de hambre nunca supe.

Una de esas noches me rendí, decidí creer en la idea de que esto tenía un sentido y que en algún momento lo iba a descubrir. Clamé a una fuerza superior exigiendo ayuda urgente, si esto había sido una prueba del destino, se habían excedido totalmente. me quedé dormida y al día siguiente tenía una notificación en el celular: una periodista de un programa de televisión me invitaba a ir como panelista a una mesa de discusión sobre alimentación consciente. Querían que hablara de la posición que había hecho pública en mis redes sociales. Hasta ese momento, Ayurverde, mi plataforma online, era un blog donde escribía sobre los temas que me apasionaban y de vez en cuando hacía talleres sobre alimentación consciente, ayurveda y sanación a través de la natu-

raleza. Antes del desastre, había comenzado a tener la intención de trabajar de esto, convertir mi pasión en mi trabajo. Tenía la idea de hacer cursos online y había armado algo, pero estaba muy en pañales. Dije que sí, y con la mejor cara que pude fui a grabar esa entrevista. Cuando transmitieron por la televisión estaba en la cama, en pijama, sin haberme levantado en días, había llorado toda la tarde, estaba sola y ni siquiera tenía ganas de prender la tele. Estaba caída, sin anhelos, no podía llegar a pensar en la lucha social cuando el esfuerzo por levantarme de la cama se me hacía imposible. Iba apenas con mi vida y eso me significó la renuncia y hastío de las ideologías.

Al día siguiente tenía en mi celular mensajes de amigos y familia felicitándome, y para mi sorpresa mi correo estaba saturado de personas solicitando tomar mis cursos online. No lo podía creer y me puse a trabajar por horas. En apenas dos semanas, Ayurverde se había convertido en mi trabajo. La probabilidad de que esto ocurriera de esta manera, justo en ese momento de mi vida, era muy escasa. Agradecí, entendí que era un empujoncito y que no me habían abandonado. Recibía un poco de viento fresco, estaba haciendo lo que me apasionaba y tenía ingresos mientras trabajaba desde mi computador. Estaba resultando algo que me era impensable hace unos meses atrás, esto me sacó un poco del aturdimiento profundo y me atreví a recordar que tenía una carta bajo la manga. Un plan B esperaba en secreto hace años:

¿Qué es lo que siempre has querido hacer y no hacías por sostener la vida que tenías?

Ir a Oriente.

MI CÍRCULO DE MUJERES

Ahí donde todo podría haberse puesto muy *dark*, las amigas.

Soy de una familia de mujeres matriarcas que han sabido sostenerse solas y sacar adelante a sus hijas sin compañeros. Por esto, con nuestro apellido va de añadidura la autosuficiencia y el rigor. Salir adelante contra viento y marea sudando hasta la última gota, porque se tiene siempre la convicción de que se puede, y por si esto fuera poco, se puede siempre sola. Por eso, no recuerdo otro episodio de mi vida donde hubiese sentido que no quería ni podía. Me las arreglaba para salir rapidito de toda sensación triste o depresiva, porque yo era el personaje que sostenía, terapeaba y las hacía todas, siempre en el hacer. Pero por primera vez, y no por voluntad, no podía.

No podía ir a mi ex departamento y sacar las cosas. No podía tomar decisiones, ni menos pensar el próximo mes. Ya no daba más con el personaje autosuficiente y, así, por primera vez en mi vida, pedí ayuda. Me dejé caer y sin darme cuenta abrí una puerta enorme al amor. Resultó que tenía una tribu de mujeres que, cuando le saqué el pestillo a la puerta, entraron como lobas intrépidas a sacarme de ahí. A punta de agüitas de hierbas, carbohidratos y pasteles, encontraron que viajar a Asia sin contactos

y sin plata era la cosa más sensata que podía hacer. Lo hicieron parecer una excelente decisión, incluso brindamos por ella. A las semanas me celebraron mi cumpleaños 31 y recibí regalos para mi viaje. Cuando se acercaba la fecha del pasaje me llevaron a mi ex departamento y mientras en estado de shock señalaba con el dedo mis pertenencias, metieron todo en cajas, lo guardaron en sus departamentos e hicieron mi maleta para partir. Es por ti y por todas tus compañeras, dijeron. Llevaba sueños ocultos de cada una. Creyeron en mí, confiaban en que sabía lo que estaba haciendo, aunque yo no podía ver nada de eso.

Mi mamá, que había estado de viaje, llegó después a Chile, cuando yo ya tenía todo embalado y los pasajes comprados. Mientras llegaba la fecha estuve semanas en cama, ella cocinaba y me llevaba una bandeja llena de amor. Me dijo que todo iba a estar bien y me acunó. Fueron meses únicos de mi vida, en que me permitía estar pasiva y recibir. Me fue a dejar, la vi despedirse por el vidrio del aeropuerto. Es primera vez que mi mamá no llora en una despedida, yo creo que sabía.

Ni sé cómo me fui. Recuerdo todos esos días como si hubieran tenido una nube encima, suspendida. Estaba muerta de miedo. Tanto, que cuando me senté en el avión creí que iba a desmayarme, ya no podía sostener en mi cuerpo todo ese enjambre de emociones. Era una locura, sí, estaba yendo al otro lado del mundo, no tenía dinero más que para

la primera semana, ni siquiera un contacto o referencia, ¡no tenía nada!

Mentira. Sí tenía algo, una intuición: es en Oriente.

Viaja hacia adentro. Te invito a visitar la Bitácora de viaje que encontrarás al final de este libro, para complementar tu lectura y acompañar tu camino.